

## **Discurso Yolanda Polo, premio Sabina de Oro 2024**

Buenas tardes. Estoy muy feliz y agradecida por recibir esta Sabina de Oro que tanto me prestigia, dada la calidad humana y profesional de las mujeres que la han recibido antes, muchas de ellas buenas y admiradas amigas. Muchas gracias al Club de Opinión La Sabina, al jurado que amablemente me votó y a la Universidad de Zaragoza que, sin que yo lo supiera, presentó mi candidatura.

Nací en el barrio de San Pablo, en el barrio del Gancho, en el seno de una familia de trabajadores. Una familia sencilla y humilde, con un padre oficinista y una madre empleada en un taller de confección. Ambos trabajaban todo el día, y yo pasaba las tardes, después de salir del colegio, en casa de mi abuela Josefa, en la plazuela de la Golondrina, que es como se llamaba en el barrio, a la plaza de mosén Pedro Dosset. Mi abuela y mi madre trabajaron fuera de casa, cosa no muy frecuente entre las mujeres de la época, así que recibí de ellas -y de mi padre- el ejemplo de que había que trabajar mucho para salir adelante, y de que las mujeres debíamos ser independientes económicamente para depender sólo de nosotras mismas. Nunca me faltó de nada, pero todo fue a base de esfuerzos y sacrificios, a base de que mis padres trabajaran muchas horas. Aprendí de ellos a ser una mujer fuerte y luchadora y a saber que con trabajo y esfuerzo se puede conseguir lo que una se proponga.

Este sería el primer mensaje que querría transmitir hoy aquí: la reivindicación del esfuerzo y del trabajo, del coraje y del sacrificio, como motor social, como instrumento para tratar de cambiar el mundo y las estructuras de poder. Muñoz Molina declaró en una entrevista a ‘El País’ que “la garantía mayor de éxito es que tus padres tengan dinero. El secreto del éxito es empezar desde arriba, como se dice en *Sospesha*, la película de Hitchcock”, aseguraba el escritor. Desde luego que es así (todo es mucho más fácil si naces en una familia adinerada), pero yo, y otras muchas personas como yo, somos ejemplos de lo contrario y de que se puede revertir esa situación. No creer en ello sería tanto como condenar a los hijos de familias trabajadoras a la misma vida que tuvieron sus padres y a privarles de la posibilidad de ascender en la escala social. Yo creo en la meritocracia, porque permite que muchos, en razón de sus méritos, lleguen más lejos de lo que su posición social de partida hacía suponer. No me engaño y sé también que muchas veces el azar y la suerte juegan un papel destacado, y que no todos los que se lo merecen llegan a cumplir sus sueños. Pero no por ello deben dejar de valorarse conceptos como “mérito” y “capacidad”.

Si yo no me hubiera esforzado, si no hubiera estudiado como lo he hecho siempre, mi futuro habría sido probablemente muy distinto. Pero sin padrinos de ningún tipo, sin apoyo extrafamiliar alguno, sólo gracias al esfuerzo y al trabajo, he podido convertirme en lo que soy hoy. Y sé que muchas de las que estáis aquí habéis tenido las mismas o parecidas vivencias y podríais firmar estas mismas líneas.

Y todo ello pese a ser mujeres. Ser mujer, durante mucho tiempo, no ayudó mucho. Por decirlo suavemente. Porque la realidad es que ser mujer fue un hándicap y una rémora. Y esta sería una segunda reflexión: A las mujeres nos ha costado mucho más llegar a puestos dirigentes que a los hombres. Hemos tenido que estar demostrando siempre que valíamos tanto o más que ellos, que podíamos hacerlo tan bien como ellos. A los hombres la capacidad se les suponía, pero a nosotras nos costaba mucho más convencer a todos de que servíamos para mandar y de que podíamos liderar proyectos u ocupar cargos de gran responsabilidad con la misma solvencia intelectual y personal que ellos. Yo fui la primera mujer catedrática en mi especialidad. Los 17 catedráticos que había entonces en España, repartidos por las diferentes facultades de Ciencias Económicas del país, eran todos hombres. Tuve que presentar un currículum imbatible para que me aceptaran entre ellos. Tenía 35 años. Y pese a que ya estábamos en 1992, todavía percibí cierta condescendencia en algunos momentos y unas pocas dosis de misoginia.

La cosa se complicaba, además, si eras madre de familia. Porque, en muchos casos, junto al trabajo de fuera de casa teníamos el trabajo de dentro de casa. Y eso complicaba mucho las cosas y no favorecía que pudiéramos ocupar puestos de responsabilidad que, por ejemplo, obligaran a viajar o a estar muchos días fuera de casa. Ahora, afortunadamente, creo que las cosas son algo distintas, pero durante mucho tiempo nuestras jornadas de trabajo podían ser maratonianas, fuera y dentro del hogar.

De ahí la importancia de la lucha de las mujeres por conseguir su plena integración en el mundo laboral, en la obtención de los mismos derechos que los hombres, que durante tiempo le estuvieron vedados. Es fundamental conseguir la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, que desaparezca la brecha salarial y que exista en la sociedad el convencimiento de que con mujeres en puestos de máxima responsabilidad se evitarían muchas guerras, conflictos y enfrentamientos. Porque solemos ser más dialogantes y menos arrogantes. Desde el Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social de la Universidad de Zaragoza, para el que generosamente me propuso el rector José Antonio Mayoral, hemos trabajado por la igualdad de la mujer. Hemos desarrollado el II Plan de Igualdad de la Universidad de

Zaragoza, hemos creado la Unidad de Igualdad, la Oficina de Prevención y Respuesta ante al Acoso, hemos desarrollado un Protocolo de prevención, detección y actuación frente al acoso sexual, por razón de sexo, orientación sexual, expresión o identidad de género. En cada uno de nuestros centros y en los tres campus universitarios tenemos representantes de igualdad.

Me ha parecido importantísimo visibilizar a nuestras pioneras. Aquellas mujeres que lucharon por ocupar un puesto en la universidad junto a los varones y que nos abrieron camino a las siguientes generaciones. Para ello creamos la web de Pioneras, una web viva y dinámica que tratamos de que crezca en contenido cada día.

He cuidado de que en las salas del Paraninfo expusieran muchas mujeres (Lina Vila, Katia Acín, María Buil, Elisa Arguilé, Pilar Burges, Sylvia Pennings, Luisa Holecz y muchas otras), de que hubiera un *Club de Lectura Feminista* de enorme éxito, de organizar ciclos como *Trayectorias, El tiempo de las mujeres* o *La buena letra*, por los que han pasado ministras como Carmen Calvo, Ángeles González Sinde, Cristina Garmendia... escritoras como Rosa Montero, Elvira Lindo... actrices como Rosa María Sardá, Ana Belén, Charo López..., profesionales de prestigio como Cristina Almeida, científicas como Margarita Salas o María Blasco; periodistas como Pepa Bueno, Gemma Nierga, Encarna Samitier, etc. de contar, en fin, con grandes colaboradoras externas como Ana Asión, Eva Cosculluela o Genoveva Crespo.

Creo sinceramente que pocas veces la Universidad ha tenido tanta presencia en la sociedad cultural aragonesa como la que ha tenido en los últimos años gracias al impulso que se le ha dado al Paraninfo desde este equipo rectoral; y pocas veces ha habido una atención mayor a las mujeres que la que le hemos prestado estos años. No podía ser de otra manera con el Vicerrectorado en manos de una mujer y con un excelente equipo de mujeres a mi lado.

Muchas gracias por esta Sabina, que me llena de orgullo y alegría. La cuidaré, la podaré y la regaré siempre, para que un día Pepe Cerdá pueda pintarla como ha hecho con las más hermosas sabinas de Villamayor. Quiero felicitar a Raquel Villacampa. Formaremos parte desde ahora del mismo Sabinar. Y si me permiten para terminar, querría dedicar este premio a las tres mujeres más importantes de mi vida: mi madre, Josefina; mi hija, Iguácel; y mi nieta, Clara. Muchas gracias